

Cruzando
el
Charco

Aquel día, como casi todos los días en que pasa algo especial, no tenía pinta de ello cuando Juanan se levantó de la cama. Era jueves, y tenía que ir a trabajar. A decir verdad, el día anterior había estado de jota y, además de una resaca respetable, tenía bastante sueño. Cuando sonó el despertador lo apagó pensando la típica coletilla de: “cinco minutos más y me levanto”. Sin embargo, algún diablillo insatisfecho decidió acortar el tiempo; y al abrir el ojo derecho (porque el izquierdo estaba literalmente pegado a la almohada), descubrió que ya habían pasado tres cuartos de hora. Así pues, casi se cayó de la cama, se puso un calcetín de cada color y el niqui del revés, se le cayó el café encima de los pantalones, con lo que se los tuvo que cambiar entre maldiciones (mierda, mierda y más mierda) y salió rápidamente de casa.

Esa noche había llovido, pero ahora lucía el sol, y el suelo estaba lleno de charcos. Ya menos agobiado por la hora y bizqueando un poco por el sol que le daba en la cara, fue observando el suelo mientras se frotaba aún el ojo derecho. Un billete de tren, un chicle pegado al suelo, un kleenex usado, una mierda de perro (joder, casi la piso), un katxi de plástico aplastado, colillas de cigarro, un duro (bah, paso de agacharme por un duro) y, sobre todo, charcos. Muchos charcos. Ya casi había llegado cuando no pudo evitar un impulso. Los pantalones que llevaba eran los del día anterior, porque no le había dado tiempo a coger otros tras su percance con el café, y estaban hechos un asco: tenían restos de cerveza y brebajes nocturnos varios. ¿Qué daño podía hacerle?

Se paró justo enfrente de uno que tenía un tamaño interesante, afirmó bien los pies y, ¡Pumba! Dio un salto justo encima. Pero, en vez de la salpicadura esperada, sintió que caía al vacío (Joder, vaya golpe que me voy a dar. No hay charcos ni nada y seré gafe que salto encima de un agujero...). Cerró los ojos, apretó los dientes y... ¡Zas! Aterrizó en algo mullido. Abrió los ojos extrañado, porque no sentía las piernas mojadas, y cual no sería su sorpresa cuando descubrió que un bosque le envolvía. Y sí, esa era la palabra, de tan tupido que éste era. Dos palmos por encima de su cabeza descubrió el charco, ondeando, pero no podía ver a través suyo la callejuela del casco viejo que acababa de dejar. Más sorprendido que asustado, dio un par de pasos dentro de ese bosque mágico. Árboles milenarios trepaban hacia un inmenso cielo como nunca había visto. Sus troncos rugosos rezumaban savia de olor medicinal. Tocó uno de ellos y acercó ese líquido vital hacia su nariz, aspirando con fruición. Oía el rumor del viento en las altas ramas, y los crujidos sosegantes de la naturaleza. La hierba crecía,

desmañada, a sus pies; y sentía hundirse ligeramente la tierra a cada paso que daba. La vida que brotaba de esa esponjosa tierra jamás habría surgido en su viejo y maltratado planeta. Respiró el aire fresco por la boca, y éste pareció limpiarle de la contaminación, del tabaco, de todos los restos que llevaba enganchados del mundo de encima del charco. Tomó una hoja del suelo, surcada de vetas esmeraldas, y palpó su tacto rugoso, aspiró su aroma embriagador y, tras una breve vacilación, se la guardó en la riñonera.

Entonces, oyó un ruido por su derecha y corrió a esconderse tras un tronco. El ruido fue subiendo de intensidad, y pudo distinguir voces hablando en un idioma nunca antes escuchado por oídos humanos. Una deslumbrante comitiva pasó ante él sin percatarse de su presencia. Y así, con las piernas temblorosas por la belleza de su visión y apoyado en el árbol más por no caerse que por esconderse, pasaron los amos del bosque con su séquito de duendes. El vestía ropajes confeccionados con hojas de árbol, que abarcaban todas las posibles tonalidades de verde. Su corona se componía de multitud de finas ramas que ornaban una fina tira de madera. Sí, de madera, de dúctil madera trabajada por dedos mitológicos. Sus poderosos brazos lucían tatuajes de genna que representaban enredaderas y raíces, y sus pies descalzos estaban cubiertos de musgo protector. Sus ojos despedían un fuego verdoso, vegetal.

Por el contrario, ella no vestía nada, o no parecía vestirlo. Su cuerpo aparentaba estar pintado de tal forma que no podía observarse un centímetro de piel humana. O tal vez es que era el tronco de un hermoso árbol que había conseguido abandonar la inmovilidad vegetal para dar la posibilidad de disfrutar su belleza a otros seres menos afortunados. Su pelo estaba formado por pétalos multicolores. Sus curvas parecían ondear con su caminar, como las hojas mecidas por el viento; y un suave aroma a albahaca brotaba de sus poros. O tal vez de sus pétalos.

La frondosa comitiva desfiló ante sus ojos y desapareció por otro lado del bosque. Juanan aún permaneció un rato agarrado al árbol, temeroso de que sus piernas no pudieran sostenerle. Y se dio cuenta de que ese mundo no estaba hecho para el ser humano. Si otra persona de su especie lo descubría, acabaría con toda esa magia. Ni siquiera él hubiera debido estar allí. Despacio, tratando de disfrutar sus últimos momentos en esa envolvente atmósfera, volvió a acercarse a su charco, a esa puerta a su submundo. Miró por última vez en derredor y, flexionando las rodillas, saltó con todas

sus fuerzas hacia arriba con los ojos cerrados. De nuevo los olores urbanos saturaron sus sentidos. Había vuelto a casa. A la vuelta de la esquina estaba el Txomin, el bar donde trabajaba; así que fue a paso vivo hacia allí y no tardó más de un minuto en volver a su charco, acompañado de una fregona. La gente que pasaba le miraba extrañada mientras realizaba su tarea. Cuando no dejó ni una gota de agua, se fue sin mirar atrás. Pero aún hoy guarda aquella hoja que guardó, y en las noches tristes, la saca para contemplarla y recordar que existen otros mundos mejores.

Fin